

# NUESTRAS FORTALEZAS COLONIALES

Estas nobles piedras, restos de nuestro pasado colonial, seguirán hablando el alto lenguaje de la historia a las futuras generaciones.— Cada sillar, cada dovela, cada escudo han sido testigos de encarnizadas luchas por su posesión.— Ellas han visto cómo llegaban y se alejaban bajel piratas con ansias depredatorias.— Tenemos el deber de conservar estas viejas reliquias rodeadas del prestigio que merece su venerable recuerdo.—

Cinturón maravilloso de piedras centenarias ennoblecidas por la pátina del tiempo, mudos testigos de heroicas actitudes, de increíbles crueldades y dramáticos sacrificios, restos grandiosos de un pasado co-

lonial que llena con sus miserias y grandezas páginas capitales de nuestra historia, las fortalezas que los conquistadores españoles edificaron para defender al naciente vecindario de San Cristóbal de la Habana de

los continuos saqueos de corsarios y piratas, rodean a la ciudad actual como precisas gemas de una corona de recuerdos.

Estratégicamente situadas para otear el horizonte atlántico, sus macizos sillares,

en los que a veces están primorosamente tallados bellos escudos reales o un ilustre apellido de gobernador, parecen desafiar con la serena majestad de su granítica dureza el impacto terrible de los siglos.

¡Evocadoras y nobles piedras que continuarán hablándole a las futuras generaciones cuando otras construcciones de estos últimos tiempos hayan desaparecido!

Castillos de la Fuerza, del Morro, de la Punta, de San Carlos, de la Cabaña, del Príncipe, de Atarés, ¡cuántos secretos podrían contarnos si sus piedras hablaran! En un lejano ayer han sido testigos de las depredaciones de los bajeles piratas de Francis Drake, de Henri Morgan, de Jacques de Sores, de el Olonés y de tantos otros tigres del mar, franceses, holandeses o ingleses que mantenían en continuo terror a la buena población habanera en sus inicios como burgada. Y cuando las casas reinantes en Europa no lograban entenderse en sus agrias pugnas territoriales, estas tenían dolorosas repercusiones en sus piedras. Los muros casi ciclópeos de el Morro, la Punta, la Chorrera y Cojímar tuvieron que soportar las profundas heridas de los cañones ingleses de la flota de Sir Georges Pocok, cuando en 1762 ocupó la Isla para agregarla

como uno de los más bellos florones a la corona de Su Majestad el rey Jorge III. Y si hubo pena, también se encontró gloria, porque en la defensa de la ciudad, Pepe Antonio, con su heroísmo, escribió para la historia una página brillantísima.



2

La época republicana no ha cumplido aún con su deber en la conservación de estas fortalezas centenarias. Los gobernantes cubanos han sido bastante indiferentes a sus valores his-

tóricos y a las sugerencias del recuerdo. Con increíble ligereza adaptaron algunos de estos castillos para viviendas o alojaron en ellos oficinas y cuarteles. Las viejas fortalezas tuvieron que soportar reparaciones de gusto dudoso. Los nobles sillares fueron ultrajados con la vecindad del cemento.

Ahora —se dice— algunos individuos abrigan la esperanza, o mejor dicho, tienen la sacrílega idea de lograr permiso para insta-

lar un club a la sombra de estas piedras venerables. Sería envilecer a estas edificaciones darles una función carente de grandeza.

Reliquias del pasado y recuerdos de una época en que Cuba apenas salía del descubrimiento, y La Habana, casi acabada de fundarse, comenzaba a tener conciencia de su papel de capital de la Isla, esas viejas fortalezas son marcos ideales para instalar en ellas museos de recuerdos históricos o de progreso social e

intelectual. ¿Acaso el castillo de la Fuerza no sería sede admirable para el Museo de la Independencia, donde se agruparían debidamente catalogados y por orden cronológico cuantos documentos, retratos, cuadros, dibujos, y otros objetos tuviesen relación con nuestras guerras emancipadoras?

Esta y no otra, es la función que deben tener en el porvenir estos viejos castillos que son páginas vivas de nuestro pasado.

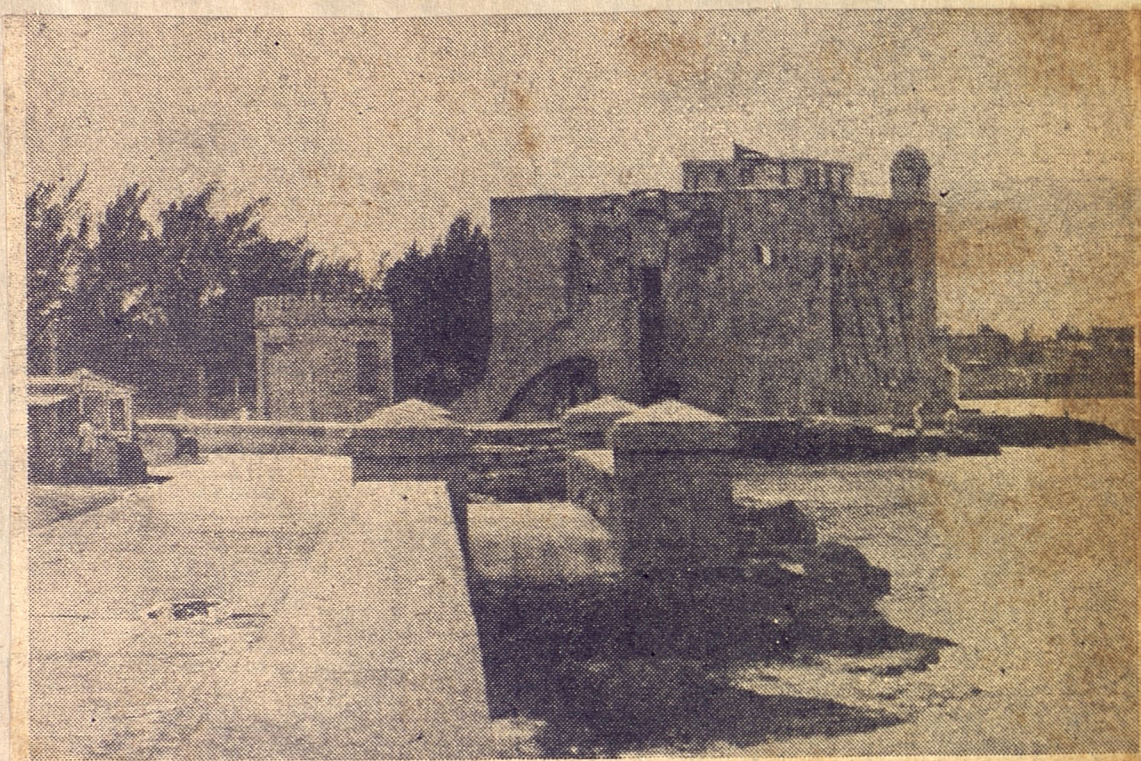
*Alista, del 1/13*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

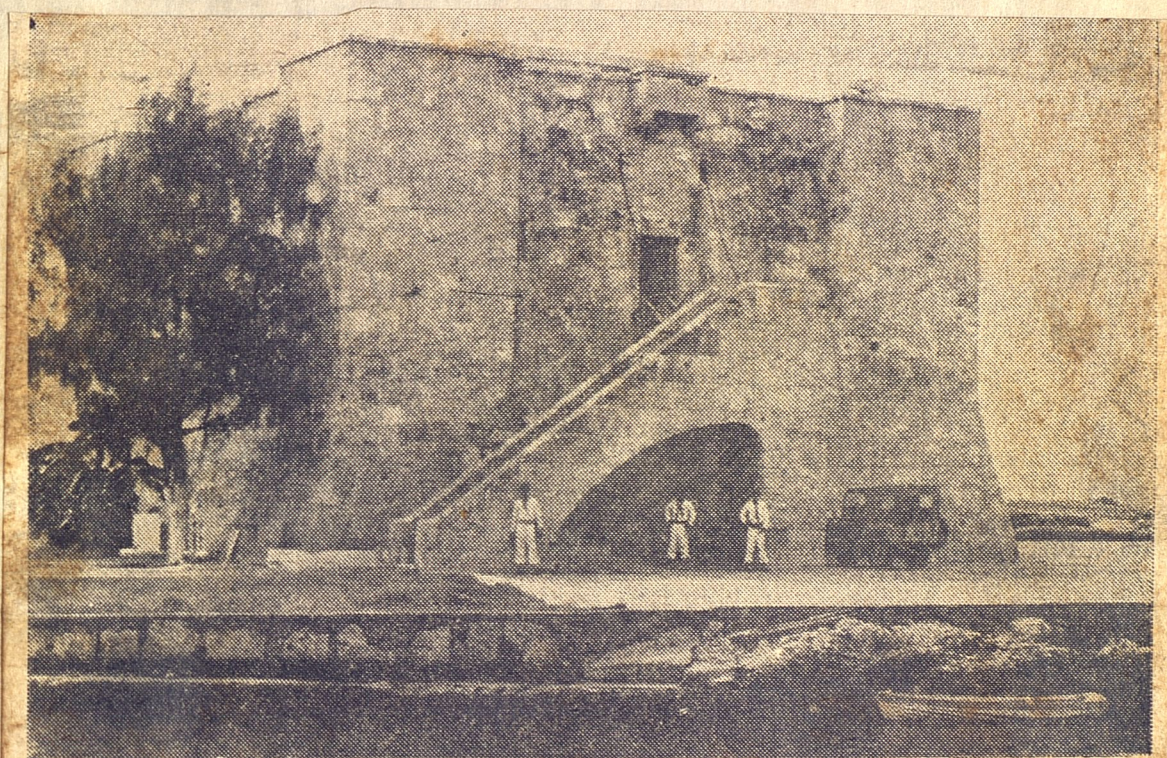
OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA





El temor a los ataques de corsarios y piratas hizo que hacia mediados del siglo XVII se comenzase la construcción de estas fortalezas a fin de prevenir que por estos lugares estratégicos se efectuasen desembarcos enemigos que sorprendiesen a los defensores de la ciudad. Según los historiadores





fueron los propios vecinos los que costearon las obras en las que se gastaron veinte mil ducados. El Torreón de la Chorre-

ra fué casi totalmente destruido por los ingleses y reconstruido más tarde en su forma

actual. Ocupados ambos por la Marina de Guerra se le quiere dar al de Cojímar la noble función de albergar un museo.

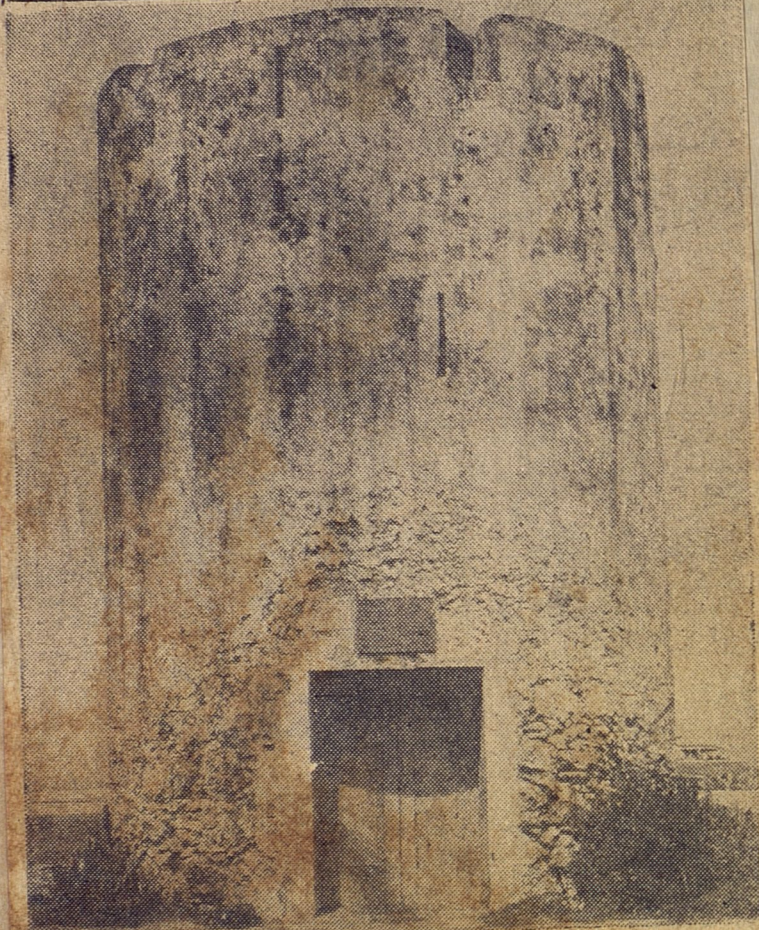


PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



## TORREON DE SAN LAZARO



Como centinela avanzado que tiene a su cargo otear el horizonte para evitar sorpresivos ataques de bajeles enemigos, se erigió durante el siglo XVIII el llamado Torreón de la Caleta o de San Lázaro, por la ve-

la costa.

ciudad de un hospital de este mismo nombre. Modesta construcción militar, su misión era alojar a los vigías que noche y día hacían guardia a fin de alertar a la población cuando un barco pirata se acercaba a



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA